

MODAS

48594/13-1



COMODO Y MODERNO
ABRIGO A CUADROS EN
MARRON Y BEIGE.
GUANTES BLANCOS,
PAÑUELO DE SEDA
BLANCO Y FIELTRO
MARRON



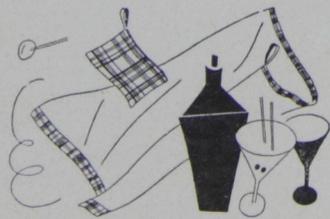
MODAS

48594/13-1



COMODO Y MODERNO
ABRIGO A CUADROS EN
MARRON Y BEIGE.
GUANTES BLANCOS,
PAÑUELO DE SEDA
BLANCO Y FIELTRO
MARRON

FIELTRO Y PLUMA MA-
RRON. EL ENCANTO DE
ESTE ARREGLO SE RE-
ALZA CON UN PANUE-
LO MARRON CON LU-
NARES BLANCOS



Leticia es más o menos un pequeño claro en la espesura inacabable de la selva amazónica. Treinta o cuarenta casas de típico aire indígena—paredes de *assaky*, techos de hoja de *caraná*—le dan aire de gran villa en las márgenes desoladas del río. Algunas viviendas modernas de pésimo gusto, con sus techumbres de cinc, y las altas torres metálicas de la estación radiotelegráfica, rompen la pura línea tropical y amazonense de Leticia. Bellas palmeras trazan en el cielo siluetas graciosas, que dan al poblado una perspectiva elegante. Las ramas llamadas *primaveras* trepan, ávidas de luz, por las cercas de las viviendas, dibujando serpientes vegetales caprichosas. Más allá del claro que sirve de solera a Leticia, la vegetación monstruosa de la selva forma una barrera feroz de troncos, bejuco y lianas enmarañadas. Detrás de ella se oye a veces el golpe seco del hacha del *caboclo*, que abre una nueva brecha en la selva inhuma y se siente caer con estrépito todo un mundo vegetal, como un cataclismo...

El Amazonas corre sin cesar a los pies de Leticia. Cada hombre tiene una canoa, que es como un largo cuchillo de madera, para abrir la piel caliente del río y extraerle sus tesoros. Enormes monstruos acuáticos, de bocas deformes, y raros peces, de extraños colores e insaciable voracidad, salen de entre las aguas movedizas y turbias por las heridas que las canoas abren, ante la mirada brillante y melancólica del *caboclo*, que amanece siempre sobre el lecho del río, sentado en la popa de su canoa, donde el sol le encuentra cada mañana. Después camina lentamente hacia su *chacra*, en la que espera la mujer con la yuca, el banano y el *pirarucu*, secado días y días al mismo sol de fuego que ha quemado sus pieles humanas. El *caboclo* arrastra su indolencia por la selva, y sueña después tendido en la hamaca. La muerte no le interesa. Entierra a su hijo, serenamente, excavando un poco de tierra húmeda, bajo palmeras gigantes y árboles que suben al cielo...

A veces el sol de Leticia se oscurece, y grandes masas de nubes arrastran sus barrigas deformes por las crestas de la selva, empujadas por un viento de furor. Entonces un diluvio de agua caliente y pesada cae sobre los ligeros techos de palmera, y el bosque todo comienza a lagrimear. El *caboclo* se mete por los mil caños e *igarapés* que la lluvia ha dibujado, y llega con su afilada canoa hasta parajes ignorados. Otras veces el sol camina por cielos azules y brillantes, que se vuelven rojos a la hora maravillosa del crepúsculo, cuando los *panjiles* lanzan su grito de dolor y el río se estremece con un temblor de carne acariciada por la brisa que baja de las quebradas frescas...

Pero la belleza suprema hay que buscarla en la noche. En las noches blancas, de cielo empalidecido, cuando la selva hierva de lujuria; cuando el grito de los monos enciende la espesura de voces humanas y las ranas desgranar el largo rosario de su canción nocturna; cuando los *bufeos* saltan sobre la piel ardorosa del río para mirar a la luna de plata; cuando el *caboclo* y el indio sueñan embrujados por el aire sensual que viene de la selva incestuosa...

Me hallaba aquella noche sobre la cubierta del barco, tendido en mi hamaca de *chambira*, viendo correr las aguas del gran río, que llevaba sobre sus anchos lomos islas espesas y bos-

UNA AVENTURA DE ANA PAWLOVA EN EL AMAZONAS POR EL CAPITAN IGLESIAS

ques descuajados. A mi lado el Mayor L.—aire de buen antioqueño, sonrisa irónica y mirar hipnótico—hablaba lentamente, cortando el raso de la noche con sus palabras candenciosas, que referían cosas extrañas...

—Sí—decía—. Ese hombre enfermo, envejecido, pero aún joven que usted ha visto esta mañana lleno de harapos y de miseria, que ha venido rodando por los húmedos caminos de la selva hasta llegar a Leticia en busca de un lugar hospitalario donde morir en paz, ha conocido todos los lujos y la saciedad de los hogares bañados por el chorro del oro negro... Se llama Camilo Larrañaga. Es hijo de aquel famoso cauchero que durante tantos años fué amo y señor de inmensas regiones del río Putumayo. A propósito, Capitán: le contaré una historia interesante...

—Un día llegué a Belén de Pará, el gran puerto del Amazonas, allá en los confines del río, a miles de millas de selva y de agua. Al salir del gran teatro paraense, mis ojos tropezaron con esta rara inscripción: "Aquí bailó Ana Pawlova el 23 de abril de 1919." Sorprendido por este recuerdo de la famosa danzarina, quise conocer qué circunstancias la habían empujado hasta la exuberante tierra amazónica. A fuerza de indagar, supe que la Pawlova había venido desde su trágico país, atravesando continentes y mares, para bailar en pleno corazón de la selva, allá en la enrucijada de los ríos malditos, en el caserío de "La Chorrera", propiedad del cauchero Larrañaga, que pagaba en buenos dólares este capricho de rey de la selva infernal...

"La Chorrera" cae lejos de Leticia, remotando durante muchos días los ríos llenos de fiebres. Hacienda de caucheros, centro de explotación de árboles y hombres, lugar de patronos enriquecidos por la orgía del mercado de las *heveas*, allá en los años de mi mocedad, "La Chorrera", con sus casas de madera olorosa en medio del bosque, llenas de rumberos, tribus de indios y servidumbres negras, era una Babilonia ignorada del mundo. El rey de aquellas vidas era Larrañaga, dueño y señor de las caucherías de muchas leguas en derredor. Larrañaga era un viejo gordo, barrigudo, sensual y caprichoso, hecho a mandar trolepes de bestias. Contaba los dólares por miles, bebía como la selva y jugaba matando indios...

Ana Pawlova fué esperada en Belén de Pará en medio de una maraña de batelones y canoas, por miles de *caboclos* y marineros de cobre, que lanzaron gritos de estupor cuando la figura de la danzarina apareció sobre cubierta. Círculos estrechos de labios sensuales y miradas de lujuria formaron a su alrededor un escenario de deseos y de adoración. Ana Pawlova, antes de lanzarse al infierno verde de la selva, camino de aquel

escondido paraíso adonde la llevaba el oro de un aventurero, y, quizás también, la viva curiosidad de su espíritu inquieto, bailó en el Teatro de Pará para los *caboclos* y los marineros, regalándoles su arte exquisito y la visión de su cuerpo de garza... Luego emprendió su largo viaje, Amazonas arriba, hasta llegar a las bocas del Putumayo, en una pequeña lancha brasileña. Durante muchos días se alimentó de los productos de la selva y aspiró el aroma de sus vegetaciones calenturientas. En la desembocadura del Putumayo, vía natural de "La Chorrera", un tropel de indios e indias *witotas* y *yurimaguas*, que Larrañaga enviaba expresamente, esperaban a la Pawlova para servirle de espléndido coro en sus danzas y rendirla honores de diosa...

Después de muchas noches de navegación, la bailarina, siempre rodeada del cinturón humano de los indios, llegaba a "La Chorrera". Llevaba el cuerpo semidesnudo, sólo cubierto por ancha falda azul de *chambira* y adornado con un gran collar de esmeraldas. Era la hora del crepúsculo, cuando el sol es un disco de oro y la selva se envuelve en su manto verde. En "La Chorrera", una orquesta extraña, compuesta por músicos llegados de La Paz, de Río de Janeiro, de Buenos Aires, saludó a la gran señora, y a sus acordes se unieron los gritos de los loros y los guacamayos, el respirar fragoso de la selva y el estrépito de la gente de la cauchería, que disparaba sus carabinas y apuraba la *cachaza* en orgía de locos, en señal de alegría y acatamiento al patrón...

El viejo Larrañaga, borracho como un tonel, se adelantó, oscilando su descomunal barriga. La Pawlova se acercaba, todo gracilidad y ternura. El viejo baboso soltó una carcajada de bestia excitada y tendió sus peludos brazos como una araña de la selva que quiere atrapar a una libélula. La Pawlova sintió un frío temblor, y sus ojos comenzaron a pedir auxilio. Los del cauchero eran dos lenguas secas. La bailarina, siempre rodeada de los indios, que formaban una barrera, retrocedió súbitamente ante la visión repugnante del señor de la selva. Los indios siguieron tras ella. Larrañaga lanzó un grito inhumano y, abriéndose paso entre la indiada y los rumberos borrachos, que se divertían con la escena, intentó abrazar brutalmente a la Pawlova. Un indio *yurimagua*, de ojos inmóviles y lacios cabellos, silenciosamente alzó los nervudos brazos y sujetó al patrón. El viejo descargó su terrible bastón de *huacahú* sobre la cabeza del indio, que cayó, con una brecha sanguinolenta, tendido a los pies de Ana Pawlova. Los indios restantes envolvieron rápidamente a la bailarina y huyeron con ella hacia la lancha brasileña. La tripulación *cabocla* se unió a ellos, y juntos salvaron a Ana Pawlova, que regresó poco después a Europa. Los indios *yurimaguas* juraron vengarse, y dos días después de esta escena, el viejo Larrañaga apareció envenenado en el caserío de "La Chorrera".

Todos estos detalles me los contó la india María en Tarapaca, una de las que formaban el coro de *witotas* de Ana Pawlova, hace unos meses...

El Mayor L. calló. Sobre la cubierta del barco se balanceaban las estrellas con un ligero vaivén. Se divisaba, a lo lejos, la línea negra de la selva. El ir y venir de nuestras hamacas producía un ligero crujido rítmico y, de vez en vez, un murciélagos batía con sus alas el toldo del puente...

En Leticia, enero 1934.



VIÑETAS DE CAMPOS

En Leticia-A orillas del Amazonas

Enero 1934

Leticia es mas o menos un pequeno claro en la espesura inacabable de la selva Amazonica. Treinta o cuarenta casas de tipico aire indigena - paredes de cana brava, techos de hoja de palma-le dan fama de gran villa en las margenes desoladas del rio. Algunas viviendas modernas de pesimo gusto, con sus techumbres de zinc, y las altas torres metalicas de la estacion radiotelegrafica, rompen la pura linea tropical y amazonense de Leticia. Bellas palmeras trazan en el cielo siluetas graciosas que dan al poblado una perspectiva elegante. Las enredaderas trepan, avidas de luz, por las cercas de las viviendas, dibujando serpientes vegetales caprichosas. Mas alla del claro que sirve de solera a Leticia la vegetacion monstruosa de la selva forma una barrera feroz de troncos y lianas enmaranadas. Detras de ellas se oye a veces el golpe seco del hacha del caboclo que abre una nueva brecha en la selva inhumana y se siente caer con estrepito todo un mundo vegetal, como un cataclismo.....

El Amazonas corre sin cesar a los pies de Leticia. Cada hombre tiene una canoa como un largo cuchillo de madera para abrir la piel caliente del rio, silenciosamente, y extraerle sus tesoros. Enormes monstruos acuaticos de bocas deformes y raros peces de extranos colores e insaciable voracidad, salen de entre las aguas movedizas y turbias por las heridas que las Canoas abren, ante la mirada brillante y melancolica del caboclo.....

El amanece siempre sobre el lecho del rio, sentado en la popa de su canoa, donde el sol le encuentra cada manana. Despues camina lentamente hacia su chacra en la que espera la mujer con la yuca, el banano y el pirarucu, secado dias y dias al mismo sol de fuego que ha quemado sus pieles humanas. El caboclo arrastra su indolencia por toda la selva y suena despues tendido en la hamaca. -La muerte no le interesa. Entierra a su hijo serenamente, escavando un poco de tierra humeda, bajo palmeras gigantes y arboles que suben al cielo.....

A veces el sol de Leticia se obscurece, y grandes masas de nubes arrastran sus barrigas deformes por las crestas de la selva empujadas por un viento de furor. Entonces un diluvio de agua caliente y

pesada cae sobre los ligeros techos de palma y el bosque todo comienza a lagrimear. El caboclo se mete por los mil canos y arroyuelos que la lluvia ha dibujado y llega con su afilada canoa hasta ignorados parajes. Otras veces el sol camina por cielos azules y brillantes, que se vuelven rojos a la hora maravillosa del crepusculo, cuando los pajiles lanzan su grito de dolor y el rio se estremece, con un temblor de carne acariciada por la brisa que baja de las quebradas frescas.....

Pera la belleza suprema hay que buscarla en la noche. En las noches blancas, de cielo empalidecido, cuando la selva hierve de lujuria. Cuando el grito de los monos enciende la espesura de voces humanas, y las ranas desgranar el largo rosario de su cancion nocturna. Cuando los bufeos saltan sobre la piel ardorosa del rio para mirar a la luna de plata. Cuando el caboclo y el indio suenan embrujados por el aire sensual que viene de la selva incestuosa.....

.....
 Me hallaba aquella noche sobre la cubierta del barco, tendido en mi hamaca de chambira, viendo correr lassaguas del gran rio que llevaba sobre sus anchos lomos islas espesas, y bosques descuajados. A mi lado el Mayor Londono-aire de buen israelita antioqueno, sonrisa ironica y mirar hipnotico-hablaba lentamente, cortando el raso de la noche con sus palabras candenciosas que referian cosas extranas....

-Si-decia. Ese hombre enfermo, envejecido pero aun joven, que V. ha visto esta manana lleno de harapos y de miseria, que ha venido rodando por los humedos caminos de la selva hasta llegar a Leticia, en busca de un lugar hospitalario donde morir en paz, ha conocido todos los lujos y la sociedad de los hogares banados por el chorro del oro negro... Se llama Camilo Larranaga. Es hijo de aquel famoso cauchero que durante tantos anos fue amo y senor de inmensas regiones del rio Putumayo. A proposito, Capitan. Le contare una historia interesante....

Un dia llegue a Belen de Para, el gran puerto del Amazonas sobre el Atlantico, alla en los confines del rio, a miles de millas de selva y de agua. Al salir del gran teatro paraense, mis ojos tropezaron con

esta rara inscripcion: "Aqui bailo Ana Pawlova el 23 de Abril de 1919". Sorprendido por este recuerdo de la famosa danzarina, quise entonces conocer que circunstancias la habian empujado hasta la inhospita tierra amazonica. A fuerza de indagar supe que la Pawlova habia venido desde su tragico pais, atravesando continentes y mares, para bailar en pleno corazon de la selva, alla en la encrucijada de los rios malditos, en el caserio de "La Chorrera", propiedad del cauchero Larranaga que pagaba en buenos dolares este capricho de rey de la selva infernal.....

"La Chorrera" cae lejos de Leticia, remontando durante muchos dias los rios llenos de fiebres. Hacienda de caucheros, centro de explotacion de arboles y hombres, lugar de patronos enriquecidos por la orgia del mercado de la goma, alla en los anos de la guerra, la Chorrera, con sus casas de madera olorosa en medio del bosque, llenas de rumberos, tribus salvajes de indios y servidumbres negras, era una Babilonia ignorada del mundo. El rey de aquellas vidas era Larranaga, dueno y senor de las caucherias de muchas leguas en derredor. Larranaga era un viejo gordo, barrigudo, sensual y caprichoso, hecho a mandar tropeles de bestias. Contaba los dolares por miles, bebia como la selva y jugaba matando indios.

Ana Pawlova fue esperada en Belen de Para en medio de una marana de batelones y barcos veleros, por miles de caboclos y marineros de cobre que lanzaron gritos de estupor cuando la figura de la danzarina aparecio sobre cubierta. Circulos estrechos de labios sensuales y miradas de lujuria formaron a su alrededor un escenario de deseos y de adoracion. Ana Pawlova antes de lanzarse al infierno verde de la selva camino de aquel escondido paraiso a donde la llevaba el oro de un aventurero y quizas tambien la viva curiosidad de su espiritu inquieto, bailo en el Teatro de Para para los caboclos y los marineros, regalandoles su arte torturante y la vision de su cuerpo de garza..... Luego emprendio su largo viaje, Amazonas arriba, hasta llegar a las bocas del Putumayo, en una pequena lancha brasilera. Durante muchos dias se alimento de los productos de la selva y aspiro el aroma de sus vegetaciones calenturientas. En la desembocadura del Putumayo, via natural de la Chorrera, un tropel de indios e indias

witotas y yurimaguas, que Larranaga enviava expresamente, esperaban a la Pawlova para servirle de esplendido coro en sus danzas y servirle honores de diosa...

Despues de muchas noches de navegacion, la bailarina, siempre rodeada del cinturon humano de los indios, llegaba a la Chorrera. Llevaba el cuerpo semi-desnudo, solo cubierto por ancha falda azul de chambira y adornada con un collar de esmeraldas. Era la hora del crepusculo, cuando el sol es un disco de oro y la selva se envuelve en su manto verde. En la Chorrera una orquesta extrana compuesta por grandes musicos llegados de la Paz, de Rio Janeiro, de Buenos-Aires, saludo a la gran Senora y a sus acordes se unieron los gritos de los loros y los guacamayos, el respirar fragoso de la selva y el estrepito de la gente de la caucheria que disparaban sus carabinas y apuraban la cachaza en orgia de locos, en senal de alegria y acatamiento al patron.....

El viejo Larranaga, borracho como un tonel, se adelanto oscilando su descomunal barriga. La Pawlova se acercaba todo gracilidad y ternura. El viejo baboso solto una carcajada de bestia excitada y tendio sus peludos brazos, como una arana de la selva que quiere atrapar a una libelula. La Pawlova sintio un frio temblor y sus ojos comenzaron a pedir auxilio. Los del cauchero eran dos lenguas secas. La bailarina siempre rodeada de los indios que formaban una barrera, retrocedio subitamente ante la vision repugnante del Senor de la selva. Los indios siguieron tras ella. Larranaga, lanzo un grito inhumano y abriendose paso entre la indiada y los rumberos borrachos que se divertian con la escena, intento abrazar brutalmente a la Pawlova. Un indio yurimagua de ojos inmoviles y lacios cabellos, silenciosamente alzo los nervudos brazos y sujeto al patron. El viejo descargo su terrible baston de hucapu sobre la cabeza del indio que cayo, con una brecha sanguinolenta, tendido a los pies de Ana Pawlova. El resto de los indios la cogieron rapidamente y huyeron hacia la lancha brasilera. La tripulacion cabocla se unio a ellos y juntos salvaron a la bailarina que regreso poco despues a Europa. El indio yurimagua juro vengarse y dos dias despues de la escena relatada, el viejo Larranaga

aparecio envenenado en el caserio de "La Chorrera"

Todos estos detalles me los conto la india Maria, en Tarapaca una de las que formaban el coro de witotas de Ana Pawlova, hace unos meses.

.....

El Mayor Londono callo. Sobre la cubierta del barco se balan-
caban las estrellas con un ligero vaiven. Se divisaba a lo lejos la linea
negra de la selva. El ir y venir de nuestras hamacas producia un ligero
crujido ritmico y de vez en vez, un murcielago batia sus alas la lona
que cubria el puente.....

FRANCISCO IGLESIAS